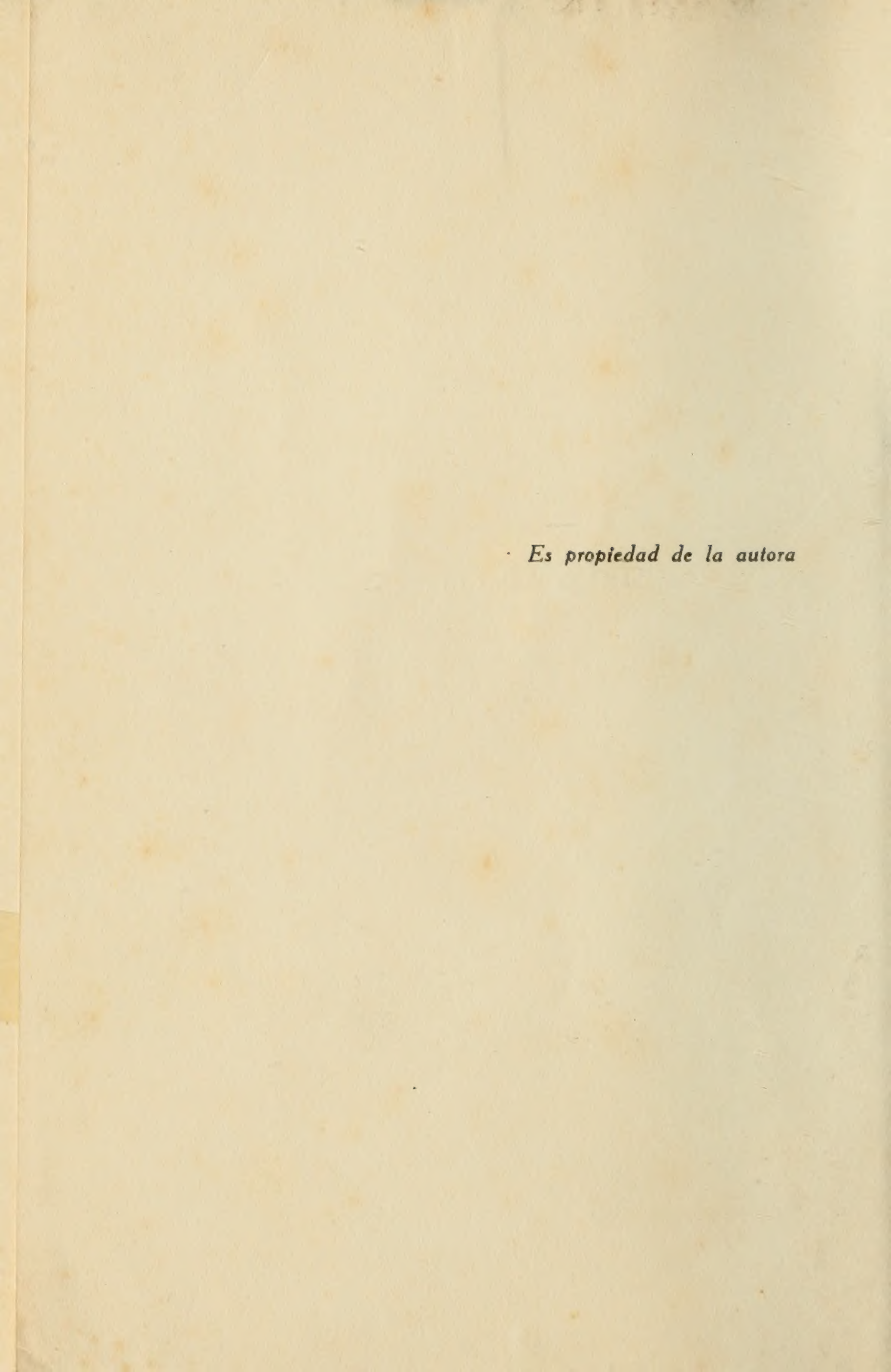

NIEVE...
VERSOS DE
MARGARITA
ABELLA
CAPRILE
COMENTARIO CRITICO DE
CARLOS ALBERTO
LEUMANN
SEGUNDA EDIC

NIEVE...



MARGARITA ABELLA CAPRILE

NIEVE...

VERSOS

COMENTARIO CRÍTICO

DE

CARLOS ALBERTO LEUMANN

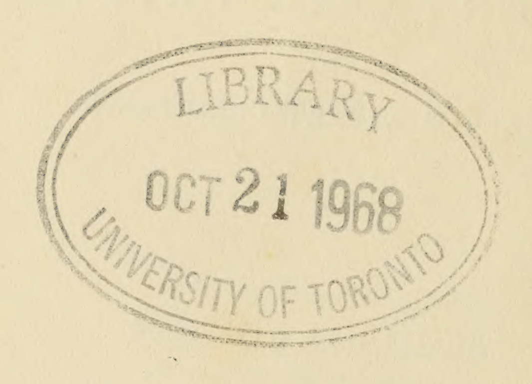
SEGUNDA EDICIÓN

BUENOS AIRES

OTERO Y COMP. - IMPRESORES

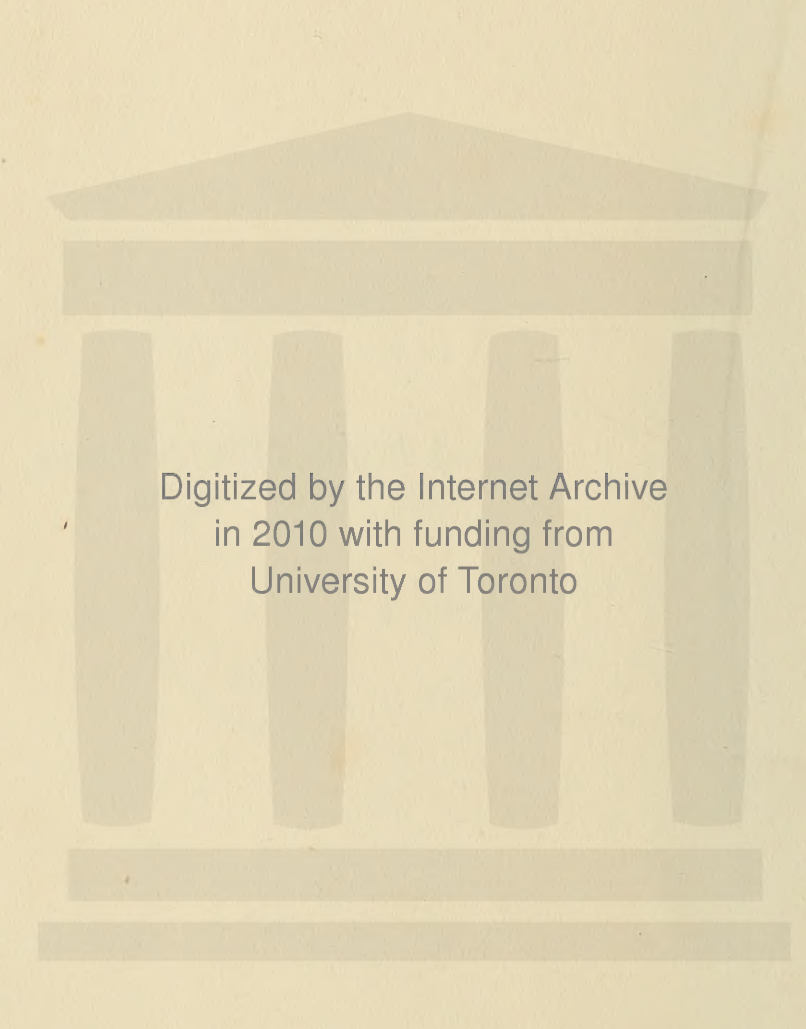
856 - Perú - 858

1919



A Josefina Mitre de Caprile

Su Nieta



NIEVE...

Cuando las gentes comienzan a leer con avidez a un escritor glorioso, y a buscar en sus obras la misteriosa razón de esa aureola que ven brillar sobre su frente, todo lo que se relaciona con su vida y con sus primeros escritos va cobrando, también, una significación inusitada. Con frecuencia, estos primeros escritos, hechos durante la lejana juventud desconocida, aparecen como una revelación y son origen de emociones inefables. Se diría contemplar a un autor nuevo; y hasta sucede, a veces, que los críticos atribuyen de pronto, a esas simples tentativas, un valor semejante al de las obras que atrajeron sobre el autor la admiración universal. Pero esto último es un error y proviene de algo parecido a ciertas ilusiones ópticas: ha ocurrido, en realidad, que las obras ya plenamente esclarecidas, las que se imprimieron en la sensibilidad de las gentes, proyectan algunos rayos de su luz sobre

aquellos iniciales ensayos, les envían una parte de su virtud artística; y entonces surge suavemente la intención pura que no pudo explicarse, se descubre la poesía de la hermosa alma, que pugnaba dificultosamente por subir hasta las formas soñadas y tomar existencia visible en las imágenes radiantes.

Yo he tenido la fortuna de advertir en los versos de Margarita Abella Caprile — esta singular criatura de diez y ocho años — el esplendor naciente de una obra poética que un día impresionará sin duda extraordinariamente en todos los países del idioma español. Es verdad que no hago una profecía difícil, porque algunas de las composiciones de «Nieve...» alcanzan, íntegra, la realidad de una belleza en que ya sonríe el misterioso motivo.

Ya son sus versos como el rostro de un alma o como el milagro de una flor que viene perfumando antes de tiempo.

Diez y ocho años, y sin embargo saber enfrenar, con mano delicada, imágenes impetuosas y fuertes como esta de las grandes olas que ella describe en una inmensa visión del mar:

> Mil bridones bebiéndose los vientos
> Que asustados, piafantes, galoparan,
> Que acortando su marcha por momentos,
> Deteniéndose al fin se revolcaran.

Y todavía la fecha de la composición en que este pasaje figura, nos revela que la escribió dos años hace.

No la quería publicar, y tampoco otras consideradas por ella primeros ensayos indignos. Por la gracia infinita que tienen a pesar de la forma todavía desigual y vacilante, yo le he suplicado que no dejara de incluirlas en su libro. Más tarde la crítica no dejará de hacer reflexiones atónitas; las estudiará entonces con atención asidua y a través de ellas acaso verá cómo germinaba, cómo empezó a vivir con su audaz lozanía el maravilloso árbol.

No, no es por cierto su edad la que podría asociarse, por una lógica ordinaria, al poderío artístico creador de imágenes, ni a la perfección que asumen tantos rasgos de este libro.

Porque, cosa extraña, sus composiciones pueden analizarse ya como las de un vigoroso y experimentado escritor. La frialdad del análisis que no tiene ojos para levantarlos hacia la pura gracia poética, ha de sorprenderse al encontrar, en estos versos, consistencia idiomática notable, novedad verbal, sabiduría, — todo lo intuitiva que se quiera — pero sabiduría evidente en el empleo de las palabras y en la forma expresiva. Es una sabiduría al principio tímida, pero que aumenta a medida que las fechas de los versos se acercan. La sinceridad absoluta de su alma — esa sinceridad donde residía, en suma, la Musa de los griegos — es la que le enseña expresiones insustituibles como las que abundan en su poema tríptico del fuego. (El fuego y la nieve, inmemoriales símbolos de pureza,

reaparecen con frecuencia en las páginas de su libro). Y analicemos:

«Tibia caridad», llama ella al fuego del hogar. ¿Alguien lo ha elogiado nunca con un término de tanta exactitud?

Es en la primera estrofa, cuyos cinco versos son cinco hermosuras:

El fuego del hogar es armonía;
Su tibia caridad torna el ambiente
Familiar y apacible; se diría
Que en su alegre y fugaz policromía
Flota un alma serena y atrayente.

Y se enlazan a otros versos iguales. La novedad expresiva, el extraño vigor, se juntan al brillo de las imágenes y a la verdad. El fuego del hogar, cuando se enciende suavemente en la fría obscuridad, es comparado a «la amable sonrisa que animara el semblante glacial de un hombre adusto»; y su llama está descrita con la maestría de estos versos:

La llama al irisar la chimenea,
Se retuerce, se agita y se separa,
Y vuelve a unirse, agrándase, chispea
Y se eleva; paréceme una idea
Que cambia formas y aparece clara.

Inútilmente se buscaría una falla en tal estrofa, bella por sus imágenes, por su rima metálica y firme, y por esa gloriosa comparación de la llama con la idea cambiante y clara. Inútilmente, en estas que termi-

nan la primera composición del tríptico, se buscaría también la debilidad ausente:

Leños que ardiendo alimentáis la llama,
Cesad vuestro dolor chisporroteante;
Dios que todo lo ve, Dios que nos ama
Ve la piedad que vuestra luz derrama
Repartiendo el calor reconfortante:

No penséis como el hombre, en la amargura
De volveros cenizas... está escrito
Que al morir esa llama que fulgura,
El humo, remontando con premura
Ha de hundirse en la luz del infinito.

Y todo está henchido de ideas, de esas íntimas ideas que se hacen verso trayendo, adherido, el vestigio del invisible mundo interior.

Por eso sus originalidades verbales nada tienen de la grosera artificialidad, ni de esa hipocresía técnica que hoy está matando la flor de los poetas en España y en América. La fuerza de su alma, su fuego y su nieve, la han salvado de la común falsedad. Y la íntima idea se asoma ingenuamente a las palabras. De ahí la hermosura de esa «febril constelación» que ella mira en los cirios del altar, cuando nos habla del Fuego luz, en la segunda composición del tríptico, o cuando del fuego de artificio dice graciosamente que parece un fuego-niño:

Este fuego que brilla y que se exalta,
Parece un fuego-niño; su fulgor
Canta, juega, retoza, ríe y salta
Y un pedazo de cielo alegre esmalta
Con sus mágicos cambios de color.

Este poema sugiere una semejanza extraña con las composiciones de algunos grandes músicos del siglo pasado. Los elementos emotivos que asociados de una manera más que sutil han hecho el prestigio de las sonatas de Beethoven, parecen traducirse aquí en ideas y palabras de música también inefable. Ternura infinita, exaltación mística, momentos de gran esperanza, que sube alto, cada vez más alto, y luego cae, como un pájaro herido, en la tristeza o en la duda. La idea de un Dios radiante como el sol, alterna en el Fuego luz con la sospecha, dulcemente azorada, de una eterna tiniebla sin calor. Versos de júbilo ansioso se juntan, en la misma melodía, a una repentina inquietud y van muriendo con el ritmo de una serena y humilde resignación.

Sí, todo el poema me produce la impresión de una delicada sonata. Pero no sería fácil definir la fina gracia que trae cada una de las ideas encerradas en las admirables quintillas del poema... Involuntariamente he salido ya del análisis frío, he levantado los ojos. Pero es necesario: porque en las composiciones a que ahora debo referirme, hay detalles anunciadores de esa imaginación que supera los límites de los sentidos y el mecanismo del razonamiento. Así en «Estoy sola» y

en ese titulado «Momento», cuya brevedad alada corresponde a lo tenue de una sensación indefinible: la idea se desvanece, casi no existe, los raros y diminutos versos sólo están ahí para sustentar un poco de penumbra interior.

Pero también ahora debemos añadir que la originalidad de Margarita Abella Caprile no es la originalidad buscada adrede. Como en el empleo de las palabras, ella es, en la revelación de su mundo interior, la verdad misma, ella es el artista que descubre una realidad espiritual.

Porque el arte es un descubrimiento de la propia alma. De ahí la magnífica paradoja de Oscar Wilde cuando escribió que el arte es la mentira... Sin duda, sí, en cuanto el arte significa desdén de la realidad inmediata, de la apariencia superficial. Su gracioso ingenio hizo encontrar, a Wilde, una manera de afirmar lo contrario de lo que sus palabras dicen, tomadas al pie de la letra. Su elogio de la mentira es el elogio de la verdad, pero de la verdad subjetiva, de la que no se paga de la primera y vulgar ilusión de los sentidos. Su mentira es la verdad que adoptan las cosas para los ojos artistas del espíritu. En este sentido, el poeta no es un mentiroso, sino al contrario, un intérprete fiel de las verdades superiores y un sacerdote austero de la divina Belleza, cuando no una fina sacerdotisa como Margarita Abella Caprile.

Yo pienso que en todas las antologías brillará un día este nombre bajo composiciones que derrama-

rán dulzura y humildad. ¡La preciosa humildad! No se ha estudiado todavía su valor ingente en la literatura, ni los estragos que produce el énfasis y la soberbia indocta. Todos los altos espíritus, mediante ella se hicieron creadores; y aquellos espléndidos príncipes del arte a quienes reviste una apariencia de orgullo, sólo pudieron llegar a la Belleza por un sometimiento tembloroso, humilde, a su poder eterno. La humildad tiene alas. Nos lo enseña esta serena criatura en el espíritu de sus versos. Son pocos todavía y ya sin embargo lo que en ellos sorprende es la abundancia de esos rasgos que de pronto clarean en la lectura de los escritores. Imaginando una mano que se hiere con las espinas de una rosa, le pide que se las arranque todas, con esta intención infinitamente delicada:

Y así, el que venga luego, más hermosa
Sin una espina encontrará la rosa.

A una amiga de la infancia, que ahora escribe versos, también, le recuerda los días en que ni una ni otra sospechaban la afición por la Musa. Es un soneto que termina con este gentil arranque:

Aparta tus cenizas, yo apartaré las mías
Y en la barca celeste de suaves armonías,
Bogarán nuestras almas, en el «mar superior».

De otro soneto a la misma, basta citar este verso para comprender todo su encanto y su motivo:

Tu «brin de jalousie» no tiene por qué ser.

Su composición «Una mañana» es de un lirismo profundamente original. Al mar que le ha robado una crucecita le hace el reproche doliente que encierra esta animosa imagen:

¡Viejo avaro cargado de riquezas
Con el blanco cabello enmarañado!

Son inenarrables, en la misma composición, la ternura con que piensa en la crucecita perdida así, como si se hubiese ido con ella al mar un algo de su propio ser, y el recuerdo de las veces que despertando en la noche, aterrada, su contacto le volvía la calma y la tranquilidad dulce de no estar sola.

De su composición «Tristeza» sería mejor no hablar; según todo adjetivo elogioso quedaría a trasmano de su lirismo incomparable. Su idea, su música, su melancolía, flotan en cierta bruma gris de presentimiento. Uno de los más burdos errores en que ha caído y cae continuamente la criticomanía literaria es el desdén, con frecuencia una ironía pedantesca, para aquellos poetas que en plena juventud y todavía al borde de la vida, componen versos de temprana decepción o de pena sin causa visible. Olvidan que no es la violencia del dolor inmediato, y ni siquiera las circunstancias que les hieren en sus propios afectos, el motivo de sus tristezas y de su piedad. Su sensibi-

lidad recibe ciertamente influencias insospechadas por el común de las gentes y su inspiración trae consigo melancolías innatas. A ello suele añadirse una falta absoluta de egoísmo. En este último sentido, la autora de «Nieve...» es la piedad misma. Cuando más alto llega su lirismo, más honda y más serena es su caridad, el mal de su espíritu:

Tristeza que transformas lo terreno
Con tu fino aguijón,
Yo alabo tu poder mágico y bueno,
Yo canto tu canción.

Y hoy estoy triste, triste, con aquella
Pesadumbre interior,
Que es el ansia de hallarnos en la estrella
Más cercana al Señor.

Y hoy que sufro, mejor los sufrimientos
Mi mano aliviará,
Como mejor comprende a los sedientos
El que sediento está.

El ritmo es tan lento que se diría la misma paz interior.

«Yo alabo tu poder mágico y bueno».

Son versos que cantan afuera de toda miseria sentimental y llevan a la belleza suprema de estos otros:

Y hoy tengo el alma gris, hoy estoy triste,
Pero pienso en verdad,
Que cuando va a nevar, también se viste
De gris la inmensidad.

Y mi tristeza tórnase más leve,
Pensando que quizá
No es más que el gris presagio de una nieve
Que más tarde caerá...

Y he aquí la nieve, la obsesión blanca de su alma. Se diría que el cielo hizo para ella, por darle un símbolo grato, el milagro de nevar sobre esta ciudad. Ella se apoderó en seguida del símbolo y en su sensibilidad de artista el espectáculo, durante la noche serena, dejó un gran rastro indeleble. Lo dice el poema en que precisamente canta a la nieve; la contempló como a una hermana y con el corazón avasallado por una ternura sin nombre:

Y en un rapto indecible de locura,
Con un abrazo inmenso, irreal, potente,
He deseado estrechar tanta blancura
E incrustarla en mi ser profundamente.

Hermana, sí, apenas te he encontrado
Ya recoges tu límpido atavío,
¡Que el suelo en que un instante has reposado,
Tu ambiente no es, como tampoco el mío!

Y lleguemos al sentido más profundo de sus versos. Lo hallamos fácilmente en el dístico final de «Ascensión» y en la extraordinaria exaltación lírica de «Estoy sola».

No necesitaríamos referirnos a la originalidad idealista que alcanza el asunto poético de «Ascensión». En la imagen del vuelo mecánico que lleva al hombre hasta la serenidad de una atmósfera superior a las tempestades que rugen en las nubes, ella apoya la analogía de una ascensión puramente espiritual, el arribo del alma a una altura que la redime. Pero en ese punto, el alma no se goza con la ausencia de la corrupción y del dolor terrenos. Acogida por la divinidad, se hace divina, se llena de piedad, quiere redimir a su vez, redimir a los pobres seres que quedaron abajo. Y entonces, la idea del dístico fulgura:

¡Y semidioses del dolor humano
Al que quiera subir demos la mano!

Ella ni sabe que es mística. Y es así tanto, que en su misticismo no hay señal alguna de la religiosidad común.

Acaso la sencillez extrema, la falta de pompa verbal, la noble inocencia, por decir así, de ciertos recursos literarios, requieren el recogimiento del lector para sentir la íntegra belleza de esa composición. Sin embargo, en «Estoy sola», el esplendor de las imágenes arrastra en seguida a las alturas. En los primeros versos se experimenta, con una gradación creciente, la sensación del mundo y de las cosas que se diluyen en una especie de aniquilamiento. Y entonces... Escuchémosla:

Ya no soy más que espíritu; divago.
Y de la nada de las cosas, subo
En escala ascendente,
Y es mi vuelo tan alto,
Que hasta la «Causa Inconmovible» llego:
Y en esa altura, como
Una nube purísima de incienso,
Me ha llegado en efluvios
Todo lo blanco que en la Tierra existe:
Las almas puras, y los lirios suaves,
Las hostias sacrosantas y la nieve;
Todo lo blanco, todo,
Como una nívea túnica me envuelve,
Y me siento más buena,
Y también algo ángel; y en mi anhelo
Al mundo que solloza
Envolverlo quisiera, en el incienso
De mi túnica blanca,
Para darles consuelo a todos, todos,
Porque ahora comprendo
Las penas y miserias,
Porque lloro con todos los que lloran,
Porque con todos los que sufren sufro...

Hay en el sentimiento de estos versos una mezcla de sublime y de exquisito. El cielo la atrae como a una hija y ella abandona el pensamiento de sí misma. Se reviste de incienso, de lirios, de nieve, de todo lo blanco, de la blancura de las almas mismas, y se hace con todo ello una túnica nívea. Al fin la invade la idea de sentirse, también, algo ángel. De pronto, en medio de esta innegable transfiguración, estalla en sollozos por todos los que sufren y por todos los que lloran. Se diría su actitud semejante a la de un rey magnánimo que al frente de su ejército valeroso conquistara vastos paí-

ses, no para imperar en ellos, sino para darlos íntegros a los humildes y a los desheredados de la tierra.

Y he aquí el sentido más íntimo, la belleza mayor de este libro, y acaso aquella razón misteriosa que las gentes buscan en las obras de los escritores gloriosos.

Muchos pensarán acaso prematuro lo categórico de este comentario, en cuanto declara la presencia temprana de una extraordinaria personalidad poética. Remitámoslos a la fina conciencia de los menos, quienes por el contrario se preguntarán, luego de leer «Nieve...», porqué fué olvidado, en la cita de los versos, tal o cual pasaje cuya idea les llegó al alma. No fué olvidado, sino simplemente rehuido para el propósito de precisar, con más claridad, ese sentido fundamental, a mi juicio, que se contiene en la obra iniciada de Margarita Abella Caprile.

CARLOS ALBERTO LEUMANN.

Canto y al cantar respondo
Al impulso todo albura
Que me nace desde el fondo;
Recordad que en lo más hondo
Es el agua tersa y pura.

TRIPTICO DEL FUEGO

I

EL FUEGO DEL HOGAR

El fuego del hogar es armonía;
Su tibia caridad, torna el ambiente
Familiar y apacible; se diría
Que en su alegre y fugaz policromía
Flota un alma serena y atrayente.

En el amplio salón, donde reinara
El helado silencio de lo augusto,
Parece una ilusión que transformara,
O la amable sonrisa que animara
El semblante glacial de un hombre adusto.

La llama, al irisar la chimenea,
Se retuerce, se agita y se separa,

Y vuelve a unirse, agrándase, chispea,
y se eleva... Paréceme un idea
Que cambia formas, y aparece clara.

En su trémula lumbre, se adormece
Una suave leyenda milenaria,
Que templa el alma, el alma que padece
El invierno sin fin, que acerba ofrece
La realidad de la existencia diaria...

... Y canto al fuego, a su bondad sencilla
Que hace el bien, ignorando su destino;
Que brilla agreste, sin saber que brilla;
Como canto a la humilde florecilla
Que no sabe que alegra mi camino...
....

Leños que ardiendo alimentáis la llama,
Cesad vuestro dolor chisporroteante;
Dios que todo lo ve, Dios que nos ama,
Ve la piedad que vuestra luz derrama
Repartiendo el calor reconfortante.

No penséis, como el hombre, en la amargura
De volveros cenizas... Está escrito
Que al morir esa llama que fulgura,
El humo, remontando con premura
Ha de hundirse en la luz del infinito...

... No seáis como el hombre, que en la muerte
Piensa, olvidando el «más allá» bendito...

II

EL FUEGO LUZ

Yo te bendigo, fuego que iluminas,
Yo bendigo la clara inspiración
Del que con fuerza y voluntad divinas,
Logró reunir tus luces purpurinas
En una magistral condensación.

Yo te bendigo, porque al ser destello
Tienes algo del genio de tu autor;
Llevas impreso su glorioso sello;
Yo te bendigo, en nombre de lo bello,
Que por ti cobra vida y esplendor.

Yo te bendigo, porque vuelves día
La noche más tenaz, con tu fulgor;
Porque apartas su negra alevosía,

Como el feliz destello de alegría
Que ilumina la noche de un dolor...

Yo te bendigo, sí, porque parece
Tu luz una febril constelación
Cuando en los cirios del altar se mece:
Reminiscencia de astros, que enaltece
A los que sueñan con la azul mansión.

Yo te bendigo, porque das belleza
Al espíritu noble y soñador,
Cuando en la noche vierte su tristeza
Allá en los cielos, la lilial princesa,
La princesa del trágico dolor...

Fuego-luz que palpitas en la altura
Y bajas a la tierra desde el Sol;
Que conservas la vida, la hermosura
Y el esplendor supremo de Natura
Bañada por tu mágico arrebol;

Yo te bendigo, sí, porque comprendo
La excelsitud de tu poder creador;
Yo te bendigo por tu rol tremendo!....
... Y por un rayo luminoso asciendo
Hasta el solio divino del Señor.

... Y pienso en el horror de una posible
Sempiterna tiniebla sin calor...

III

EL FUEGO DE ARTIFICIO

Cascadas de magníficos colores,
Estrellas de radiante claridad,
Vívidas luces, que parecen flores;
Alegría, bullicio, resplandores,
Centellas de febril agilidad...

Este fuego que brilla y que se exalta
Parece un fuego-niño; su fulgor
Canta, juega, retoza, ríe y salta
Y un pedazo de cielo alegre esmalta
Con sus mágicos cambios de color.

Mágicos cambios de fugaz donaire
Que dibujan con firme precisión
Verdaderos castillos en el aire,

O cometas que cruzan al desgaire
En luminoso y rítmico turbión.

¡Oh, fuego convertido en lluvia de oro
Que quieres escalar la inmensidad;
Que pasas cual luciente meteoro,
Y que luego con rápido desdoro
Te deshaces en triste realidad:

¿No sabes que tu fuerza no es bastante
Para querer al cielo desafiar?....
Te asemejas al hombre, que pedante
Pretende con su espíritu oscilante
El misterio de Dios desentrañar!

Me entristeces, oh fuego de artificio,
Que brillando un instante acabarás;
Porque al morir tu resplandor ficticio,
Como a influjo de un negro maleficio
El cielo, arriba, se oscurece más.

Se oscurece lo mismo que la mente
Cuando pasa, inestable, una ilusión,
Una de esas que sirven solamente
Para hacer el dolor más evidente,
Y añadirle amargura al corazón.

... Salta una chispa, y en el cielo forma
Un signo de expectante admiración....

LLUVIA...

¡Oh la suave penumbra de la hora
En la que sólo es luz el pensamiento,
Muy lejos de la vida bullidora,
Muy cerca del divino sentimiento!...

... Taciturna, la lluvia sollozante
Llora la pena de caer, la pena
De cambiar, por la Tierra claudicante,
El claro azul de la región serena...

Descendiendo también de gran altura
En esta hora de silencio y calma,
Otra lluvia de paz, toda frescura,
Fertiliza los valles de mi alma.

Luego esas gotas, cuando el Sol alumbre,
Evaporadas volarán al cielo;
También las de mi alma, hasta la cumbre
Del ideal, levantarán su vuelo;

¡Cuando otro Sol, de dulces resplandores,
Las envuelva en sus vívidos fulgores!

A UNA HERMANA ESPIRITUAL

I

Nuestra infancia recuerdas, cuando nada expresaba
La afición por la Musa, que nos une a las dos;
Cuando oculta en el alma, con paciencia esperaba
La hora y el momento que le indicara Dios.

Tú sabes que la nieve, la hermana inmaculada,
Cuando cae a la Tierra, le conserva el calor;
Que la ceniza a veces, al parecer helada,
La llama tiene oculta del fuego abrasador;

También, también sucede lo mismo con el alma,
Con la apariencia fría, con el semblante en calma,
Adentro bulle el mundo de la vida interior;

Aparta tus cenizas, yo apartaré las mías;
Y en la barca celeste de suaves armonías,
Bogarán nuestras almas, en el «mar superior».

II

El por qué me lo dices, en realidad ignoro;
Tu «brin de jalousie» no tiene por qué ser;
Somos voces distintas de un solo, inmenso coro,
El coro de las almas hacia el Supremo Ser.

Somos cuerdas distintas en un arpa de oro;
Las ramas diferentes de un árbol al crecer,
De una savia bebemos el líquido tesoro,
Somos dos arreboles de un mismo amanecer.

Y el árbol que nos une, se levanta hasta el cielo;
Tú subes por un lado, yo por otro mi vuelo
Tiendo al azul divino, de límpido fulgor;

Y un día no lejano, se juntarán las ramas;
Tus hojas y mis hojas, cual plateadas escamas
Flotarán en las aguas de ese «mar superior».

UNA MAÑANA...

Una mañana ardiente y calurosa
Envuelta en el sopor del mes de Enero,
El mar yo contemplaba;
Que en calma y ceniciento parecía
Sentir el peso del caldeado ambiente.

A largos intervalos, una ola
Subiendo, se agrandaba, hasta que inmensa
Rompía con estruendo;
Que a mí se me antojaba
El enorme sollozo contenido
De un pecho varonil, que al fin se ensancha.

Al mar, así tranquilo, así sereno,
Le temo más que cuando está agitado;
Las corrientes internas son las peores,
Las que se ven se esquivan...

En tanto que diversas reflexiones
Pasaban por mi mente,
Distraída jugaba
Con una cruz pequeña entre las manos...
Un falso movimiento, y en la arena
Cayó, cayó; volvíme con presteza,
Quise alzarla del suelo, pero en vano;
La ola que moría en ese instante,
Con avaricia la arrastró a su seno...

... Inmóvil de estupor quedé un momento,
Con la vaga impresión de aquellas cosas
Que se van para siempre, que no vuelven...
Después la reacción, corrí ligero
Por ver si la encontraba todavía...
... Una montaña de agua levantóse,
Y al tiempo de romper en mil pedazos,
Sus fauces, ahuecó, como una boca
Que se riera, burlona, a carcajadas...

¡Oh mar, oh mar inmenso,
Viejo avaro cargado de riquezas
Con el blanco cabello enmarañado!
¿Acaso no te bastan,
Los mil tesoros que arrancaste al hombre,
Que con la proa del bajel osara
Rasgar tu manto de color de cielo?....

Oh, crucesita amada, yo he sentido
Tanta pena al perderte,

Como si «un algo» de mi ser, se fuera
Junto contigo a la región ignota!
Un algo de mi ser, sí, porque estando
Siempre junto a mi pecho,
Ya conocías el variado ritmo
Del corazón, que es el reloj del alma...
¡Oh, cuántas veces en la noche oscura
Con sus vagos temores,
Te ha buscado mi mano temerosa!
¡Qué consuelo al hallarte! Te estrechaba
Entre mis dedos, y al instante mismo
Yo ya sentía que no estaba sola...
¡Oh, crucesita de mis noches largas,
Oh, crucesita de mis bellos días,
Amiga verdadera, ¡cuánta pena,
Cuánta pena he sentido!

¡Vaga en las ondas, compañera buena,
Porque son tus dominios, aparente
Tan sólo es tu pequeñez gloriosa!
¡Que el misterio que encierras
Es más grande que el mar, es más sublime
Que en su esplendor el Universo entero!

....

Así dejé que el corazón se abriera
Un instante tan sólo; continuaba
El mar en tanto su vaivén incierto,
Monótono, incesante;
Y así impasible, imaginé que fuera
Una muda ironía, respondiendo
A mi amargo reproche...
Una ola a mis plantas,
Deslizóse y murió sin hacer ruido...

No sé si en son de burla
O con indigna sumisión de esclava.

...Cual fiero desafío,
Compleja unión de indignación y pena,
Llené de arena el hueco de mi mano,
Y con dolientes bríos.
¡Alcé mi brazo, y la arrojé a la onda!....

LA HIEDRA

La hiedra necesita la rugosa
Superficie, la grieta, la saliente
Para asirse hábilmente
Y trepar a la almena misteriosa...

Imitadla, ¡que toda la aspereza
Y aristas que encontréis en el sendero,
Os sirvan de asidero
Para ascender a la inmortal grandeza!...

MEDIANOCHE

Medianoche, lluvia lenta,
Lejos, un piano que llora,
Y silenciosa, la hora
El sublime ensueño alienta;
Medianoche, lluvia lenta.

Realidad duerme a la puerta;
Pasa un coche, y con su ruido
A su sueño y a mi olvido,
Bruscamente, los despierta;
Realidad, llamó a la puerta...

MOMENTO

Una luz suave, atenuada
Por una gasa chinesca;
Fuera, el invierno que gime,
Dentro, un ambiente de iglesia...

En la florida llanura
De mi libro, dos corceles,
Pardos corceles, mis ojos
Corren veloces y leves...

Y parece en la obsesión
Misteriosa, de la tarde,
Que entre sus brazos azules
el sofá quiere estrecharme.

ESTOY SOLA...

Estoy sola; la luz se ha consumido;
Y es la sala un refugio
A mi incesante cavilar propicio...
... Escucho: alguien, de un piano
Hace vibrar las cuerdas, que parecen
Cien nervios en tensión, como esperando
La presión que los hiera,
Para exhalar tristeza o alegría...
Yo dejo que el ambiente me subyugue,
Que el mágico poder de la armonía
Me embargue por completo;
Y a su influjo, remoto
A una región serena de idealismo...
... El vibrar de esa música, parece
El vibrar de la Vida;
En ese trozo grave y sollozante
Palpitar he sentido.
Toda la angustia y el dolor humanos,
Todo lo amargo que el vivir contiene;

Y en ese riente arpegio,
La dicha entera que en el mundo cabe,
La alegre risa que los niños vierten;
Y coronando todo,
Ese acorde final que me estremece,
Esa completa cesación de notas
Imagen de la muerte,
El acorde final de la existencia...

....

Ya no soy más que espíritu; divago,
Y de la nada de las cosas, subo
En escala ascendente,
Y es mi vuelo tan alto,
Que hasta la «Causa Inconmovible» llego;
Y en esa altura, como
Una nube purísima de incienso,
Me ha llegado en efluvios
Todo lo blanco que en la Tierra existe:
Las almas puras, y los lirios suaves,
Las hostias sacrosantas y la nieve;
Todo lo blanco, todo,
Como una nívea túnica me envuelve,
Y me siento más buena,
Y también algo ángel; y en mi anhelo
Al mundo que solloza
Envolverlo quisiera, en el incienso
De mi túnica blanca,
Para darles consuelo a todos, todos;
Porque ahora comprendo
Las penas y miserias;
Porque lloro con todos los que lloran,
Porque con todos los que sufren, sufro...

....

Ruido, pasos, la puerta que se abre

Con estruendo; una luz que me encandila;
Y una burlona voz que dice: — ¿Cómo,
Tú sola aquí? ¡Romántica! — y se ríe...
... Vuelvo en mí, bruscamente sorprendida,
Y un instante sin voz, nada respondo;
Y al volver a la Tierra,
Me asombro de las cosas, de los seres,
¡Y hasta me asombro de encontrar mi cuerpo!..

CONSEJO

Dice un proverbio de sentir profundo:
«No hay rosa sin espina en este mundo».

Mas, yo te digo: Si al cortar la rosa
Tu mano hiere traicionera espina,
Arráncaselas todas; primorosa
Luzca la flor que sobre el tallo inclina;

Y así el que venga luego, más hermosa,
Sin una espina encontrará la rosa...

ERAN UNOS OJOS...

Eran unos ojos azules muy bellos,
Que tenían vivos y claros destellos
De color de mar;
Ojos que grandeza de alma traslucían;
Ojos que cantaban, que reir sabían,
Y también llorar...

Ojos que se habían vuelto más azules
Al rasgar los tenues, los etéreos tules
De la inmensidad;
Que tenían dejos de melancolía;
Que a veces hacía chispear la alegría
Con vivacidad.

Ojos que tenían sublimes reflejos
De santas dulzuras gustadas muy lejos...
... Ideal país
Donde todo es cierto, donde no hay falsía

Donde nunca es noche, donde siempre es día,
Donde se es feliz...

Reflejos azules del azul plumaje
Del ave-quimera, que en puro lenguaje
Darío cantó;
Ojos que tenían la suave hermosura
De una misteriosa, lejana dulzura
Que nadie expresó....

Si el mar es zafiro de color variante,
Si azul es el cielo, sereno, brillante
Más leve que el tul;
¿No tuvo razón el poeta famoso
Que lleno de ensueño dijera armonioso
Que «el arte es lo azul?...»

Por largas pestañas muy negras sombreados,
Yo he visto esos ojos por siempre cerrados
En sueños de Edén;
Volvieron al cielo, desde cuya altura,
Mi alma tornaron más grande, más pura,
¡Más azul también!...

A AMADO NERVO

Tú naciste en la cumbre, Buen Maestro,
Y cual río que baja a la llanura
Cuando Apolo deshiela
La montaña, al herirla con sus rayos,
Tú descendiste bondadoso y suave
Hasta el hombre que sufre,
Cuando el Sol del Amor besó tu frente;
Y del modo que el río fertiliza
Lo que encuentra a su paso,
Tú sólo hiciste el bien, tú nos has dado
Conformidad, dulzura y esperanza,
Tú que aljófar vertiste
«En el rosal, aunque tuviera espinas...»

Pero los ríos ay! no retroceden,
No remontan de nuevo la montaña,
Ni desandan lo andado!
Necesitan volver a evaporarse
Para escalar el punto de partida...

... Y así te evaporaste
Al influjo del sol frío y sin rayos,
Tú que eras río cristalino y hondo,
Para volver de nuevo al infinito
De donde procedías...

REFLEXIONES...

¡Vosotros corazones
Que gozáis de la dulce edad temprana,
Que llenos de ilusiones
Contempláis el mañana,
Viendo lo eterno como cosa vana:

¿No sabéis que la muerte
Hiere lo mismo al joven que al anciano?
Que es la misma la suerte
Del noble o del aldeano
Cuando lo quiere el inmutable arcano?

Y ¿por qué la extrañeza
Invade vuestro ser cuando alguien muere,
Y os llenáis de sorpresa?
¿No es ley que el que naciere
Ha de morir cuando el Señor lo quiere?

Es porque el pensamiento
De lo triste apartáis, y ¿no es seguro
Que el que corre sin tiento
Por un espacio oscuro,
Chocará, sorprendido, contra el muro?

¡Pensad, pensad ahora;
Que así, no ha de tomaros de sorpresa,
Y jamás «la traidora»
Llamaréis en su alteza
A la única humana real certeza!

Y cuando os llegue el día,
Ese día supremo y justiciero,
¡Veréis la cercanía
Del fin del derrotero,
Sin un rictus de asombro postrimero!

HAY QUIENES PIENSAN...

Hay quienes piensan que mi pobre rima
Tan sólo busca del elogio el pago;
Y también, que a mi edad, el verso que hago
Raro es que el triste desencanto imprima.

... Que el justo y sabio, la cuestión dirima:
Si así decís que la ilusión apago,
¿Cómo habré de creer en el halago
Que mi clara conciencia desestima?...

Es que así es el destino; las mujeres
Sólo habrán de ocuparse en sus quehaceres
Y no en cantar el gozo o el dolor;

Mas (no creáis mi afirmación mentira)
Tengo versos, ¡perdón para mi lira!,
Que compuse bordando en bastidor.

NIEVE...

Cae la nieve, por la vez primera
Veo sus copos cándidos, pequeños;
Y siento un gozo inmenso, cual si fuera
La forma material de mis ensueños...

Y con su helada y primorosa calma
Va cubriendo los huecos del relieve;
... También en los molduras de mi alma
Hoy se ha juntado mucha, mucha nieve...

¡Oh, qué inefable beatitud serena
Siento en mi ser! Purísimo destello
Me ha traído la nieve, siempre buena
Al resbalar, piadosa, en mi cabello.

¡Oh, cuántos pensamientos confundidos,
Cuánto ideal! En espontáneo acceso
Miro al cielo, los brazos extendidos
Con profundo y extático embeleso;

Y en un rapto indecible de locura,
Con un abrazo inmenso, irreal, potente,
¡He deseado estrechar tanta blancura
E incrustarla en mi ser, profundamente!

....

¡Oh, qué blanco está todo! Junto al fuego
Te veo, nieve, desde mi ventana,
Y esta dulce nostalgia en que me anego
Es porque nunca volverás, hermana!

Hermana, sí, apenas te he encontrado
Ya recoges tu límpido atavío,
¡Que el suelo en que un instante has reposado
Tu ambiente no es, como tampoco el mío!

Cuando derrita el Sol tu espuma leve
Ya libre volarás a otras regiones:
¡Dadme un poco de Sol para mi nieve,
Y volaré también, con mis canciones!

....

... Así dejo que vaguen mis ensueños
en la tarde serena; siento frío,
Me acerco más al fuego; arden los leños,
Hay mucha paz en el silencio umbrío.

(Un oso blanco, inmóvil la mirada,
En suavísima alfombra convertido,
Recordando, tal vez, la estepa helada,
Parece que sonríe complacido...).

Cierro los ojos; gozos, sentimientos
En mi largo rosario los enhebro.
... Y van cayendo blancos pensamientos,
Como copos de nieve, en mi cerebro...

PARABOLA

Cuenta la Historia, en la cristiana era,
Cuando en Roma imperaba Constantino,
(Primer rayo de Sol, rayo divino
Surgiendo de la noche traicionera),

Que encontró Santa Elena, bajo un templo
Hecho ruinas, que a Júpiter alzaron,
La verdadera cruz, donde enclavaron
Al Redentor, en el supremo ejemplo...

Así quien cuando niño, atento oyera
De Jesús la palabra placentera,
Su Evangelio ideal, con santa unción;

¡La Cruz encontrará, al pasar los años
Entre las ruinas de sus desengaños
Al cavar en su propio corazón!....

MEDITACION

Tengo en la mente un grave pensamiento
De una humillante, pero real certeza;
Ante el cual la soberbia y la grandeza
Son la triste irrisión de un vano intento.

Y es esta la expresión de mi argumento:
Si la Tierra, girando con presteza
En el hondo infinito que atraviesa,
Es apenas un punto en movimiento;

Si ese Universo, que jamás la mente
Logró medir, oh Dios, es solamente
Un destello en tu eterna majestad;

Si nuestra pobre humanidad es nada,
Tan sólo, con la Tierra comparada:
¿Qué somos frente a Ti, Dios de bondad?....

* * *

Una obsesión me oprime
    Y es por un libro
Que en grandes ocasiones
    Vienen a abrirlo.

En este libro se halla
    Mi nombre escrito,
Un «nació», y una fecha;
    Grande y sencillo...

Hay abajo un espacio
    Que se halla en blanco;
¿Quién? ¿Dónde? y ¿en qué día?
    Vendrá a llenarlo?...

Por saber mi destino
    Me desespero
¡En tan pequeño espacio
    Qué gran misterio!....

ASCENSION

El bravo y ágil aviador que sube
Arriba de la más remota nube;

La lluvia, el rayo, y el fulgor que aterra
Ve impasible caer sobre la Tierra,

Sin que llegue a tocarlo ni una gota
De la tormenta que dejó en derrota,

Porque peana que a sus pies estalla,
La «Nube-causa» bajo él se halla...

... ¡Aviadores de paz de lo sublime
Subamos alto, a la región que imprime

La superior Serenidad del alma;
Y de esa altura en la suprema calma

Miremos la miseria del Planeta,
El mal que el hombre en su estrechez cometa,

Sin que ese mal nos llegue, cual si fuera
Una nube rugiente, que vertiera

Gotas abajo, pero nunca encima;
Subamos, que la altura nos redima;

...Y semidioses del dolor humano,
Al que quiera subir, ¡demos la mano!....

TRISTEZA

¡Oh tristeza que agrandas y ennobleces,
Yo canto tu canción;
La alegría ruidosa, muchas veces
No llena el corazón!....

Tristeza, con tu suave desconsuelo
De agridulce sabor,
Eres el sol opaco de mi cielo,
Su inefable calor.

Tristeza que transformas lo terreno
Con tu fino aguijón,
¡Yo alabo tu poder mágico y bueno,
Yo canto tu canción!....

Y hoy estoy triste, triste, con aquella
Pesadumbre interior,
¡Que es el ansia de hallarnos en la estrella
Más cercana al Señor!...

Y hoy que sufro, mejor los sufrimientos
Mi mano aliviará;
Como mejor comprende a los sedientos
El que sediento está...

Y hoy tengo el alma gris, hoy estoy triste,
Pero pienso, en verdad,
Que cuando va a nevar, también se viste
De gris la inmensidad.

Y mi tristeza tórnase más leve
Pensando que quizá,
¡No es más que el gris presagio de una nieve
Que más tarde caerá!....



PRIMEROS ENSAYOS

DOS AÑOS...

A Enriquito.

Es tu vida tranquila y placentera
Sin dolor, ni tristeza, ni recelo;
Es tu mundo un jardín maravilloso
De moradores misteriosos lleno.

Y te entretienes cándido y dichoso
Con el más inocente pasatiempo;
Y en tu jerga infantil, llena de encanto
Relatas, inconclusos, muchos cuentos...

Y tu gracia infantil sin pliegue alguno
Es luz, que al derramar su dulce encanto
Ilumina los tristes corazones
Y despeja la frente al preocupado.

Y cuando el Sol, sus postrimeros rayos
Tras los montes altísimos exhala;
Y que la Luna, con ligero paso
Suave estela de luz tras sí derrama,

Entonces, con la paz de la inocencia
Vas al mundo del sueño, y semejante
Es tu rostro, al de un ángel primoroso;
Con su sonrisa indefinible y suave...

. . . .

Mas, tu niñez encantadora y tierna
Muy pronto ha de acabar, y quiera el cielo
No mancille tus blancas vestiduras
El polvo de este mundo traicionero.

Y ruego a Dios que en su bondad inmensa
Te conserve feliz, por muchos años,
Y no quemen con lágrimas tu rostro
Prematuros y tristes desencantos.

Y ya cuando más grande, niño amado,
Escucha este consejo que ha dictado
A mi alma lo profundo del cariño:

En las borrascas de tu vida entera
Conserva tu candor, tu fe sincera,
Enrique, escúchame ¡sé siempre niño!

Septiembre 1916.

EL MAR

Esas olas rugientes y agitadas
Que ruedan sobre el mar, donde estremecen
Los profundos abismos, cual cascadas
De fuerza poderosa, ¿no parecen

Mil bridones bebiéndose los vientos
Que asustados, piafantes, galoparan;
Que acortando su marcha por momentos
Deteniéndose al fin, se revolcaran?....

Y es a veces su faz grande, serena
Cuando gime la ola como un rezo,
Cuando deja estampada por la arena
La glacial impresión de un frío beso...

Yo siento que es grandioso, y que en el alma
Poco a poco se infiltra esa grandeza;
Sentimiento ideal, lleno de calma
Nunca exento de un dejo de tristeza...

Febrero 1917.

IDEAL

Hacia Occidente mi alma, como el ave
Que cruza el aire con su largo vuelo,
Llegar quisiera hasta la blanca y suave
Estrellita de luz, su dulce anhelo...

Yo sé que es infantil, el ansia mía
De llegar hasta el astro refulgente
Y traerlo, y de luz y de armonía
Irradiar su fulgor sobre mi frente...

Y que soy como el niño de aquel cuento
Que con el cesto de juntar las flores,
Del arco-iris en pos, corría atento
Para cortar su luz y sus colores...

Mas qué queréis, adoro la blancura
Que sabe a incienso y a rumor de alas;
Amo la cándida azucena pura
Por el albor sublime de sus galas;

Y es blanca, está muy alta, es esplendente
La dulce estrella que mis pasos guía,
Que tímida se eleva en Occidente
Cuando muriendo el Sol termina el día!

Mayo 1917.

LA MUERTE DEL CISNE

Como el cisne que cruza la laguna,
Atraviesas la escena lentamente,
Con la luz misteriosa de la Luna
Que ilumina tus brazos y tu frente...

Con tu suave plumaje, leve manto
Que dibujan los líquidos espejos,
Toda ilusión, pareces un encanto
Que llegara, divino, de muy lejos...

Mas de pronto, veloz, certera bala
Te hiere mal; y trágica armonía
De la orquesta, resuena por la sala
Como un grito de angustia y de agonía.

Y tentando un esfuerzo sobrehumano
Unos pasos caminas vacilante,
Mas presto te detienes, porque en vano
Intentas proseguir más adelante.

Y la música llora tu amargura
Con sus notas tristísimas y graves,
Al ver como a tu inmensa desventura
Caes por tierra en movimientos suaves.

Y ya sin fuerzas, al dolor rendida,
Sucumbes al dolor del fiero embate,
Como sufriendo en realidad la herida,
La herida cruel que tu existencia abate.

Y así quedas, la faz entre las alas,
Inmóvil, con el cuerpo reclinado,
Como pierde también sus blancas galas
El lirio que los vientos han tronchado.

Y el vestido sutil de gasa leve
Sobre el negro color del escenario,
Se asemeja al primer copo de nieve
Caído en el camino solitario...

Octubre de 1916.

PRIMAVERAL

A Mamita.

Para tu fiesta, la porción florida
Del año, reaparece en los verjeles;
Bellas flores recobran nueva vida
Y el rocío sus límpidos caireles...

Y en la calma que reina en el ambiente,
De las más ignoradas lejanías,
Al oído nos llegan vagamente
Los rumores de dulces melodías...

Mas, al volver el frío y las heladas
Primavera se irá con sus primores,
Cual se trocan las dichas esperadas,
En un mar de dolor y sinsabores.

Pero tu amor, indisoluble lazo,
Ese afecto a la vez sublime y tierno,
¡Es primavera que no tiene ocaso,
Templados días, sin helado invierno!

Septiembre 1916.

PAISAJE

Cerca del lago, donde el sauce llora,
Junto a una suave, natural pendiente,
Un rancho se alza, y su techumbre dora
Radiante el Sol de luz resplandeciente.

Por entre el campo, de color variado
Cruza un camino que cual sierpe ondea;
Como el giro sin fin, que inusitado
Toma en la mente una grandiosa idea.

Más lejos, en el fondo del diseño,
Un caballo, en espera de su dueño,
Con ojos soñolientos mira al suelo;

Se desliza un arroyo por su cauce;
Y antítesis luciente de aquel sauce
Con blancas nubes nos sonríe el cielo.

Febrero 1917.

LOS GAUCHOS

Yo no sé que es lo que tienen los paisanos de mi tierra,
Esos hijos de la Pampa, la llanura y de la sierra,
Con su triste, improvisado, melancólico cantar;
Cuyas notas son tan suaves como el aura de los mares,
Que modulan en las tardes, al amparo de sus lares
Con sus voces que las artes no han llegado a cultivar.

Quizá viendo de la Pampa la llanura sin medida,
Sientan ellos en su pecho, la emoción indefinida,
El deseo de lo ignoto, que no aciertan a expresar;
Y sus almas se engrandecen al mirar tanta belleza;
Y por eso es que sus cantos tienen todos la tristeza
De lo grande y de lo hermoso de la luz crepuscular.

Son poetas, pero ignoran la retórica y sus leyes;
Ningún yugo reconocen; de los llanos son los reyes
Donde viven solitarios, donde aprenden a rimar;

Y son bravos, y su fuerza vence todas las fronteras,
No temiendo de la muerte las heridas traicioneras,
Y son dulces como niños cuando tienen que cantar...

Mas, los gauchos se acabaron, tiempo ha que está colgada
De los sauces la guitarra, ya de todos olvidada,
De la cual nunca sus dueños se quisieron separar;
Y cual digno monumento de una raza ya extinguida
Se alza noble y majestuosa, la figura entristecida
Del ombú, donde a su sombra, tantos fueron a llorar.

Diciembre 1916.

FANTASIA

Eran unas manos pequeñas y finas,
Manos primorosas, manos marfilinas,
Manos sin igual;
Manos de princesa de ancestral leyenda
Que a su caballero marcaba la senda
De luz contra el mal.

Y estas manos blancas, con su amable encanto,
Al poeta inspiran altísimo canto
De paz y de amor;
Porque cuando posan sobre el desgraciado
Vuelven a la calma su ánimo exaltado
Por el cruel dolor.

Y eran blancas, puras, dulces azucenas
Que no conocían del mal y las penas
La pesada cruz;

Manos que tuviera la Virgen María
Si desde los cielos, descendiera un día
Cubierta de luz...

¿Quién es la princesa cual ángel divino
Que endulza las penas del rudo camino
Llena de bondad?...
... Es de los mortales, cualquier alma bella
Que con sus larguezas, semeja una estrella
De la caridad...

... Y eran unas manos pequeñas y finas,
Manos primorosas, manos marfilinas,
Manos sin igual.
Manos de princesa de ancestral leyenda
Que a su caballero marcaba la senda
De luz contra el mal...

Enero de 1917.

REMINISCENCIA

Esta noche al mirar el firmamento
Envuelto en nube tempestuosa y densa,
Un recuerdo inundó mi pensamiento,
Recuerdo dulce, de emoción intensa.

Y esta noche sentí lo que otra noche
Que extasiadas, mirábamos el cielo;
¡Oh, cuán dulce era al alma, en el derroche
De lo sublime, remontar el vuelo!...

Encima nuestro, inmenso, incomprensible,
Desesperante en su insondable arcano,
El cielo, serenísimo y terrible
Me parecía un majestuoso anciano.

Escorpión su espiral interrogante,
La Cruz del Sur, el signo que redime.

Aldebarán, su enojo centelleante
Y en el cenit, profundidad sublime...

Mas, de improviso, como negro velo,
Cual fatídica sombra, que la mente
Forja a oscuras, en noches de desvelo,
Un nubarrón se alzó en el Occidente.

Y al pasar, las estrellas ocultando
Dejó triste, el espíritu oprimido;
Al igual que la niña, a quien llorando
Le arrebatan su juego preferido...

... Entonces, del silencio y de la calma
Rompió una voz el invisible sello;
Y el cuerpo inmóvil, y en suspenso el alma
Escuché el verso de genial destello:

«¿Qué quieren esas nubes?» Y el grandioso
Poema de Zorrilla, alzó vibrante
En el solemne, nocturnal reposo,
Alivio de mi espíritu anhelante...

¡Oh momento ideal! En la natura
La quietud, en los cielos la grandeza;
Y esa voz resonando allá en la altura
Cual conjuro de mágica certeza!

Yo sentí que la frente me abrasaba;
Yo sentí que un raudal de poesía
En mí, por vez primera, despertaba
Con sus cantos de espléndida armonía.

Y un soplo de la noche bondadosa
Mi sien acarició, mi sien ardiente,
Como mano que aparta, cariñosa,
Las guedejas a un niño, de la frente.

Y conmovida hasta lo más profundo
Yo lloré, porque nadie me veía;
¡Porque es grave pecado en este mundo
Llorar tranquilos, a la luz del día!....

Julio de 1917.

INDICE

INDICE

Pág.

Nieve 7

Tríptico del Fuego

I — El fuego del hogar 23

II — El fuego luz 25

III — El fuego de artificio 27

Lluvia 29

A una hermana espiritual 31

Una mañana 33

La hiedra 37

Medianoche 39

Momento 41

Estoy sola 43

Consejo 47

Eran unos ojos 49

A Amado Nervo 51

Reflexiones 53

Hay quienes piensan 55

Nieve 57

Parábola 61

Meditación 63

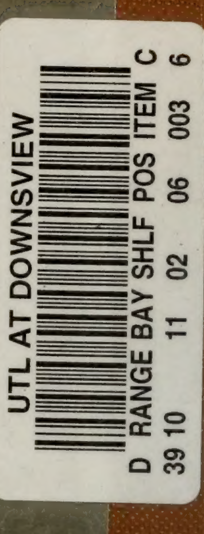
Una obsesión 65

Ascensión 67

Tristeza 69

PRIMEROS ENSAYOS

	Pág.
Dos años	73
El mar	75
Ideal	77
La muerte del cisne	79
Primaveral	81
Paisaje	83
Los gauchos	85
Fantasía	87
Reminiscencia	89


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 02 06 003 6